



Parecidos razonables

Texto: Jorge Juan Trujillo Valderas



Se rascaba la barbilla y sonreía. El roce de sus diez o doce pelos le recordaba al paseo de la Estación y al sonido de las hojas secas, disfrutaba pisándolas y escuchando sus crujidos. Pero sus ensañaciones otoñales duraban poco, porque su madre le recordaba lo mucho que su padre se parecía a san Ildefonso; tenía la costumbre de comentarlo cuando pasaban por la puerta de la basilica. Como no entendía de parecidos, el santo estaba demasiado alto y su padre aún más lejos, se encogía de hombros y volvía a rascarse la barbilla. En realidad, sólo quería un poco de sombra y rezaba porque su madre empujase el carrito.

Dejaban atrás obispo Aguilar e Ignacio Figueroa y antes de enfilar la Carrera se acercaban a la estatua del bigotón. No importaba si junio o julio venían de mala uva, la suya era una fidelidad a prueba de veranos infernales. A la madre se le soltaba la lengua delante de su querido paisano, sabía cómo sacar una sonrisa a su pequeña de cuarenta y dos años: que si los virus se cuadraban en cuanto lo veían; que si menuda mala leche se gastaba Bernabé Soriano; que si era capaz de que los resfriados hicieran la instrucción cuesta arriba y cuesta abajo.

Por desgracia, si querían disfrutar de su habitual descanso, las cuestras eran

asunto suyo. Calibraban sus fuerzas con la desconianza propia de una madre de ochenta años y la falta de fe de una hija de ciento veinte kilos reflejadas en sus ojos y decidían seguir por no hacer un feo a la torre de la catedral, asomada a la calle principal.

—Paso a paso —decía la madre como para darse ánimo.

—Claro, mamá, paso a paso —repetía la hija con su voz de flautín viejo.

—El carrito pesa, primor.

—Evidentemente, la madre necesitaba ayuda.

—Claro, primor, paso a paso. —Lógicamente, la hija no estaba dispuesta a presársela.

El impulso materno y las dudas infantiles se desinflaban en el encuentro entre las calles Ramón y Cajal y Campanas. Con el penúltimo aliento, eso sí, caía el paquete de almendras garrapiñadas; calentitas, como a ellas les gustaban. A fin de cuentas, si había que morir de un esfuerzo, mejor hacerlo con la barriga llena.

Como todas las tardes, la lengua octogenaria, pastosa de sed y sol, de azúcar y caramelo, desobedecía a su dueña y la hija se ahorra la cantinela de lo clavado que su padre era a Andrés de Vandelvira y de lo bien que los manchegos remataban las poquitas cosas que hacían.

—Véase el queso, hija mía, el vino, el gol de Iniesta o la catedral de Jaén —diría la una.

—Claro, mamá, qué apañaos los paisanos de Vandelvira —respondería la otra.

De tanto rumiarse e inspeccionar sus encías y muelas con el dedo índice, la retahíla materna sonaba como una sucesión de ronquidos sin traducción posible: el coste de comer garrapiñadas no era alto pero sí pegajoso.

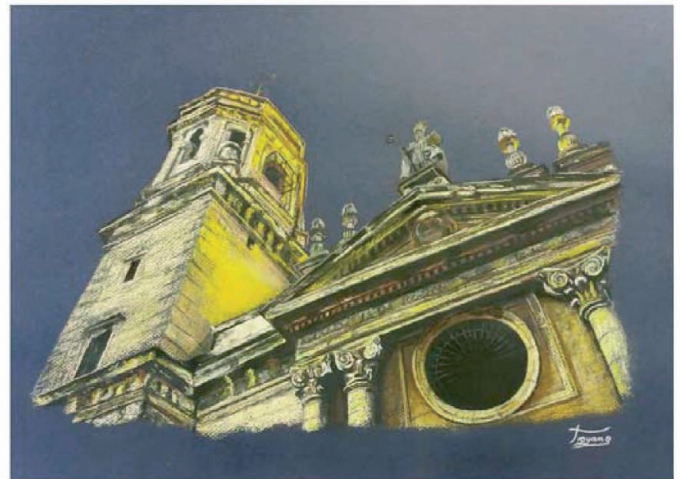


Ilustración: Francisco Javier Troyano Moreno

—La diferencia entre dejarse caer y sentarse está en el ruido que hace el pompil al llegar al suelo, María del Amor. —A la madre le daba coraje que su hija se desplomara en los escalones de la catedral y el golpe de su cabeza contra la cancela, pero el culo de la niña siempre llegaba a su destino.

Mientras la hija se acomodaba, la madre pleiteaba con las baldosas de la plaza de Santa María. No tenía problemas de aparcamiento porque el tráfico de carritos de tiendas de barrio era fluido a aquellas horas, pero sí la manía de alinearlo todo: las colillas que su esposo dejó en el cenicero, las maquinillas de afeitar de su hija y los litros en el carro de los demonios.

Con la tartera de pipirrana y la de aceitunas entre ambas, el ayuntamiento a tiro de piedra y el Alcázar al alcance de la mano, apaciguada el calor y encendido el ánimo, la madre regresaba a la carga. Estaba claro que el condestable Iranzo y su marido se daban un aire, y eso que de uno no existían retra-

tos y que al otro le perdió la pista al poco de nacer María del Amor. En esas andaba hasta que el propio Miguel Lucas intervenía.

—Catalina, sabrá perdonar mi poca prudencia y mi mucha indiscreción, pero los espíritus, ahitos de eternidad y ociosos en general, andamos hasta en los pensamientos ajenos. Si me lo permite, Santi Rodríguez y yo sí pasaríamos por gemelos.

—Sí, tal vez por el porte y el bigote—lo comentó con la boca pequeña, ella seguía erre que erre con lo de que él y su Fidel eran mellizos—. Bueno, ¿y qué sabemos del asesinato? Porque llega el día del Juicio y estamos igual que hace siglos.

—Seguimos como en 1473. Aunque desde entonces poco ha cambiado en Jaén.

—Mmm. —Catalina se hacía la interesante mientras que Amor los miraba con cara bobalicona y buscaba tesoros bien ocultos en los agujeros de su nariz—. ¿Y de qué te acusaron para terminar así?

—Acusáronme de compo-

ner poesías y de cantar y contar historias.

—¿Envidia u otra cosa? Porque en este país todos tenemos un amigo de la cera de enfrente pero ninguno recordamos su nombre.

—También de ser amigo de judíos, moros y gitanos.

—Qué cosmopolita, gachón. ¿Y las calles? —A Catalina le interesaba el urbanismo por encima de cualquier otra cuestión, las cuestras terminarían por matarla—. ¿Sólo te dio tiempo a lavarle la cara al centro?

Las preguntas se sucedían y la madrugada pasaba entre tragos y visitas a las tarteras. Amor, agotada del palique, solía quedarse como la encontraban los servicios de limpieza, dormida como un tronco. Era una habitual de los amaneceres jienenses y de la plaza.

Se rascó la barbilla y bostezó. El roce de sus diez o doce pelos le recordó a su difunta madre. La echaba de menos, pero era hora de llenar el carrito. Se humedeció las yemas de los dedos con salivilla, se atusó el pelo, se puso en marcha.

